

15318 98-3 Abril 1914

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL QUE VA A MORIR,
TE SALUDA,

JUQUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO,

LETRA DE

DON JUAN BELZA,

MUSICA DEL MAESTRO

DON MANUEL BALART.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ, -40, -2.º

1874.

EL TEATRO

CONFERENCIAS DE ORALES DEBATES Y LECTURAS

EL QUE VA A MORIR

TE SALUDA

DON JUAN BELLAS

DON JUAN BELLAS

EL TEATRO

CONFERENCIAS DE ORALES DEBATES Y LECTURAS

EL QUE VA Á MORIR, TE SALUDA,

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO,

LETRA DE

DON JUAN BELZA,

MÚSICA DEL MAESTRO

D. GABRIEL BALART.

Representado con extraordinario éxito en el Teatro del Circo de Barcelona
el 26 de Enero de 1874.

José Rodríguez
MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 15.
1874.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARGARITA.....	SRTA. CURRIOLS.
ERNESTINA.....	SRTA. IRENE.
ADRIANA.....	SRTA. QUINTANA.
ELENA.....	SRTA. LLIMONA.
ELISA.....	SRTA. FIOL.
SULPICIO GIRASOL.....	Sr. TORRES.
Coro de señoras.	

La escena en Madrid.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LOS DISTINGUIDOS Y SIMPATICOS ARTISTAS

SEÑORITA DOÑA CRISTINA CURRIOLS

y

DON ROBERTO TORRES,

En prueba de afecto y sincera amistad

Juan Belza.

SEÑORITA DOÑA CRISTINA CUNILLAS

DON ROBERTO TORRES

En prueba de afecto y sincera amistad

Juan Pardo

ACTO ÚNICO.

Taller de floristas: puerta vidriera al fondo y otra segunda más al exterior, que se supone ser la de la calle. Puertas laterales á derecha é izquierda de la escena. Mesas bajas á un lado y á otro, cubiertas de flores, coronas y guirnaldas, donde trabajan las floristas. Sobre las mesas alambres, recortes de papel, instrumentos ó herramientas del oficio, etc., etc. Al fondo derecha, un velador; en la izquierda, un aparador. Muebles sencillos, pero elegantes; colgaduras y portiers en las puertas (1).

ESCENA PRIMERA.

ERNESTINA, ADRIANA, ELENA, ELISA y FLORISTAS, trabajando y cantando á un tiempo.

Coro. Triste es pasar la vida
tejiendo flores,
llorando desengaños
que dan los hombres.
Su única ciencia
es hacer rudo alarde

(1) Las indicaciones derecha ó izquierda, debe entenderse que son del actor.

de inconsecuencia.

—
¡Ay! qué desgracia,
¡ay! qué dolor...
vivir sin novio
sintiendo amor.
Vistiendo á santa Rita
niños de cera,
pasamos aburridas
la vida entera.
Sin que la santa
se conmueva mirando
desdicha tanta.

—
¡Ay! qué desgracia,
¡ay! qué dolor,
vivir sin novio
sintiendo amor. (Momentos de silencio.)

ELISA. (Suspirando.) ¡Ay!...

ERN. (Id.) ¡Ay!...

ADRIANA. Chicas: no habeis notado que Elisa en vez de cantar suspira?

ELENA. Lo mismo que Ernestina.

ELISA. Suspirar es en mí una segunda naturaleza. ¡Ay! ayer cumplí veinte años!

ERN. Yo los cumpliré mañana!

ELENA. Y yo la semana próxima!

ADRIANA. Por lo que hace á mí, creo que no los cumpliré jamás.

ELISA. Claro está, como que los cumpliste hace tiempo! (Sonriendo.)

ADRIANA. ¡Viborilla!

ERN. ¡Veinte años y permanecer aún soltera!

TODAS. Y yo, y yo, y yo!...

ERN. Esto es insufrible!

ELISA. Absurdo!

ELENA. Improcedente!

ADRIANA. Intolerable!

ERN. Y pensar que la semana última creí ya haber pescado un marido!...

ADRIANA. Y yo!...

ELISA. Y yo!...

ERN. Desengañaos, muchachas; todos los hombres son unos pillos...

ELISA. Es verdad.

ERN. En fin, cómo ha de ser... resignémonos y continuemos tejiendo coronas a santa Catalina; nuestra suerte así lo quiere.

ADRIANA. Sí, resignémonos, ya que no podemos hacer otra cosa.
(Se oye dentro tararear una canción.)

ELISA. ¿Oís? la maestra se aproxima.

TODAS. Sí, sí.

ERN. (Asomándose.) Ella es.

ADRIANA. Parece que viene muy alegre!...

CANTO.

MARG. (Dentro.) Dulce ventura
con que soñé,
me abre las puertas
de un rico Eden.

¡Viva el amor!

¡Viva el placer!

¡Ya tengo novio!

¡Ya lo pesqué!...

CORO. ¡Ya tiene novio!

¡Qué feliz es!

Y entre tanto nosotras hacemos
lucido papel!...

(Margarita aparece por la puerta del fondo, y trae una pequeña y bonita maceta de geranio rosa.)

ESCENA II.

LAS MISMAS y MARGARITA.

MARG. (Canta.) Bello geranio rosa,
símbolo de ventura,
recibe con ternura
un beso embriagador. (Besándolo.)
A ti debí la dicha
de ver trocada hoy día
mi pena en alegría,
mi duelo en dulce amor.

CORO. ¡Vaya una suerte!
Sí, esto es atroz!
Y nosotras buscando no hallamos
lo que ella encontró.

DECLAMADO.

MARG. Muy buenos días, niñas. (Dejando la maceta sobre el aparador.)

TODAS. Buenos días, maestra.

MARG. Observo que estais tristes... ¿qué os sucede, mis queridas polluelas? La melancolía es un vicio que debe estar desterrado del taller; los labios se hicieron únicamente para sonreír; los ojos no deben llorar más que de alegría... Conque, una sonrisita á vuestra maestra, y (Acariciándolas.) vayan al diablo las ideas tristes!...

ERN. ¡Sonreír! ¡cuando ayer cumplí los veinte!...

ELENA. ¡Y yo los cumplo la semana próxima!...

ADRIANA. Y yo... (Con tristeza.)

MARG. ¡Basta de tontunas!... ¿Quién no tiene veinte años en el día? Floristas melancólicas, ¡me explicareis qué motivaban todos esos suspiros cargados de metralla?

ERN. (Con cierto misterio y sentimiento.) ¡Él era jóven y buen mozo!

ADRIANA. ¡El mio rico y simpático!

ERN. Y me abandonó!

ADRIANA. Desapareció sin decirme adios!

MARG. ¿Y por eso os afligís? ¡Vaya una locura! ya se os presentará la ocasión de cubrir la vacante; cuando ménos se piensa salta la liebre.

ADRIANA. ¿Lo cree usted así?

MARG. Pues claro está. En mí teneis el ejemplo: cuando ménos lo esperaba...

ERN. Sí, ya lo hemos comprendido; es decir, que usted ha hecho una conquista?

MARG. Creo que sí: un jóven elegante, guapo, rico, y que según parece se halla en peligro de muerte.

ELISA. ¿De muerte?

ADRIANA. ¡Qué atrocidad!

ERN. Eso se asemeja al principio de una novela.

MARG. Casi, casi. (Sonriendo.)

TODAS. Cuente usted, cuente usted! (Con vivo interés.)

MARG. Ya sabeis, mis queridas polluelas, la pasión que tengo por las flores; pues bien, me hallaba hace un momento en la Plaza ajustando esa maceta de geranio, y ya estábamos la florera y yo á punto de entendernos, cuando un jóven quidam, que me permitiré calificar de desconocido, se abre paso, tira sobre la falda de la vendedora el doble de lo que yo la ofrecía y dice: «Ese geranio es mio; lo compro en el doble de lo que vale.»

ERN. ¡Qué grosero!

ADRIANA. ¡Qué atrevido!

MARG. Lo mismo pensé yo en un principio, y ya estaba á punto de encolerizarme, cuando dirigiéndose á mí, de la manera más galante y respetuosa, me dice: «Señorita, acepte usted estas flores como primer y último obsequio de un hombre que va á morir.»

TODAS. ¿Á morir?

MARG. Doy á usted mil gracias, caballero, le contesté; pero ni conozco á usted, ni... «Eso nada importa, me replicó interrumpiéndome; mi obsequio no tiene consecuen-

cias...» ¿Se encuentra usted enfermo? añadí con interés. «Mi salud, señora, es más fuerte que la del caballo de Felipe III.» Entónces no comprendo... «Es que deseo acabar con una existencia que me es odiosa... Adios, jóven encantadora, ¡el que va á morir te saluda!» Dió un suspiro parecido al de un fuelle de fragua y trató de alejarse.

ERN. ¡Qué hombre tan original!

ELENA. Algun loco.

ADRIANA. ¿Y qué quiere decir eso de *el que va á morir te saluda*?

MARG. Como yo he leído algo, puedo satisfacer vuestra curiosidad. Era la fórmula que usaban los antiguos gladiadores romanos dirigiéndose al César, cuando penetraban en el Circo, donde se batian á muerte.

ERN. Continúa.

MARG. Al querer alejarse le detengo, haciéndole observar que había olvidado la maceta. «Es verdad, me dijo; aunque el geranio pertenece á usted, soy yo el que debo llevarlo hasta su casa, si es que usted me permite acompañarla.»

ADRIANA. ¿Y tú qué hiciste?

MARG. ¿Qué había de hacer? permitírselo; pero como quiera que con el mayor respeto, y al llegar á la puerta, me ha suplicado le permitiese volver... á despedirse, ántes de emprender el largo viaje que tiene en proyecto; yo se lo he concedido... debe estar aquí dentro de algunos minutos, y... yo desearía de vosotras...

ERN. Comprendido; desearé usted estar sola.

ADRIANA. Sí, sí; el undécimo no estorbar.

ELISA. ¡Ay! qué feliz es usted, maestra!

MARG. Y vosotras lo sereis también... ya os llegará la vez.

Conque os concedo media hora de asueto... Idos.

ERN. Adios, maestra.

ADRIANA. Hasta dentro de media hora.

MARG. (Despidiéndolas.) Sí, sí; adios, adios. (Vánse todas.)

ESCENA III.

MARGARITA sola; despues GIRASOL.

MARG. ¡Pobres chicas! me dan lástima. Por supuesto, que me he guardado bien de decirles lo principal; las confianzas que ese desgraciado jóven me ha hecho por el camino... Me ha dicho que su fortuna se eleva á dos millones; y como no tiene ningun pariente, ni heredero forzoso, ha resuelto nombrarme su heredera. ¿Si será verdad? ¡Cosa más original! ¿Cómo se concibe que un hombre que posee dos millones pueda aburrirse hasta el extremo de atentar contra su vida? (Llaman á la puerta del foro.) ¿Eh? ¿Quién es?

GIRASOL. (Dentro.) Yo.

MARG. ¿Y quién es yo?

GIRASOL. El jóven que va á morir!...

MARG. ¡Él es!... adelante. (Abre la puerta; Girasol aparece con un enorme ramo de flores sobre el brazo.)

ESCENA IV.

MARGARITA, GIRASOL.

GIRASOL. Gracias, señorita... dígnese usted aceptar este pequeño bouquet. (La presenta el ramo.)

MARG. Gracias por su galanteria... (Lo toma y lo coloca sobre el aparador.) ¿Se encuentra usted más aliviado?...

GIRASOL. Señora, es inútil dirigirme á mí semejante pregunta; la salud puede tener algun atractivo para aquellos que piensan utilizarla... ¿qué me importan á mí los dolores del cuerpo cuando el alma se halla próxima á desprenderse de la materia?

MARG. Pero eso será porque usted quiera; lo que intenta hacer es un absurdo.

GIRASOL. Desengáñese usted, jóven; cuando todo se ha perdido, cuando ya no existe ni aún la esperanza...

MARG. ¿Pero por qué no? Usted es joven, rico, buen mozo...

GIRASOL. Gracias.

MARG. Y sobre todo, posee usted dos millones; no creo que haya motivo para desesperarse hasta ese extremo.

GIRASOL. ¡Dos millones! pues en eso precisamente consiste mi desgracia.

MARG. ¿Cómo?

GIRASOL. Sépalo usted todo... ¡He perdido... (Con misterio.) á mi Euridice!...

MARG. Lo siento mucho; pero como no tenía el honor de conocer á esa señora...

GIRASOL. Era la única mujer que supo comprenderme! Yo la decía continuamente: «Gasta, hija mía, gasta.» Y en seis semanas no me gastó más que veinte mil duros.

MARG. Gastar es.

GIRASOL. Pero ¡oh fatalidad! una noche se me murió de una indigestion de jamon.

MARG. ¡Qué desgracia!

GIRASOL. Pues bien: desde que mi Euridice no existe, por más que busco, no encuentro más que mujeres desinteresadas que rehusan mis obsequios, que desprecian mi dinero, que se niegan á gastar el oro que yo les ofrezco á manos llenas.

MARG. ¿Y viven esas señoras en Madrid?

GIRASOL. Precisamente.

MARG. ¡Cosa más rara! bien puede usted decir que tiene desgracia, porque lo que es mujeres dispuestas siempre á gastar lo suyo y lo ajeno, se encuentran en todas partes.

GIRASOL. ¿Dónde? ¿dónde? indíqueme usted una siquiera? (Con vehemencia.)

MARG. (Ap.) ¡Pobre chico! su sencillez me encanta!

GIRASOL. ¡Oh! no, no hay ninguna; y para que mi desdicha sea completa, usted será como todas, y la herencia de mis dos millones que yo la ofrezco...

MARG. Vamos, vamos, tranquilícese usted; tengo el valor de mis opiniones, y... acepto.

GIRASOL. ¡Será cierto! ¡Oh ángel! (Con transporte.) ¡Ella me recuer-

da á mi Euridice! (Sacando un pañuelo y enjugando sus lágrimas.)

CANTO.

ROMANZA.

¡Pobre Euridice mía!
Prenda de mí adorada,
flor del cierzo agostada
en su temprano Abril.
Tú causaste mi infortunio
¡oh! bell' alma innamorata,
al morir como una rata
de un empacho de pernil!

DECLAMADO.

MARG. Vamos, vamos, consuélase usted; tal vez yo pueda satisfacer sus deseos, llenar el vacío que tanto le aflige, siempre y cuando que á la herencia no vaya unida alguna condición inaceptable...

GIRASOL. Mientras yo viva ninguna; pero despues...

MARG. ¿Despues, qué?

GIRASOL. Es preciso gastar todos los años hasta el último céntimo la renta íntegra de mi capital; de lo contrario, mi fantasma abandonará la tumba para venir todas las noches envuelta en su sudario á hacer á usted cosquillas en las plantas de los piés.

MARG. Si no es más que eso, jóven moribundo, los manes de usted pueden reposar tranquilos, se lo juro!...

GIRASOL. Bien, bien, ¡noble corazón! (Tendiéndole la mano.) Hé aquí mi testamento. (Presentándole en un papel.)

MARG. (Leyendo.) «Remonta de unas medias suelas; por echar elásticos á unos bolitos viejos...» ¿qué es esto?

GIRASOL. ¡Ah! sin duda me he equivocado; esa es la cuenta del zapatero: tome usted. (Dándole otro papel.)

MARG. (Leyendo.) «Sulpicio Girasol, capitalista y propietario de

»nacimiento, habitante calle del Tribulete.»—Vaya una calle fea que ha ido usted á elegir.

GIRASOL. Capricho de millonario; pero continúe usted.

MARG. (Leyendo.) «Nombre mi heredera y lego los dos millones que poseo á la señora doña Margarita Pico-Fresco, »del estado honesto, y es mi voluntad que se la ponga »en posesion de lo que la pertenece dos horas despues »de mi fallecimiento.»

GIRASOL. Y como quiera que dentro de quince minutos habré dejado de existir, dentro de ciento treinta y cinco será usted millonaria.

MARG. Pero venga usted aquí, hombre terco é incomprensible; ¿no conoce usted que lo que medita es una barbaridad?

GIRASOL. Sería necesario para que yo volviese á la vida, que tropezase con cierta cosa que en el dia es muy difícil hallar en las mujeres.

MARG. ¡Caballero!

GIRASOL. No se ofenda usted; lo que yo busco es un corazon amante, un alma entusiasta y enamorada!

MARG. ¿Y quién dice que no ha encontrado usted su bello ideal? (Bajando los ojos.)

GIRASOL. ¡Cielos! (Con entusiasmo.)

MARG. Aunque no sea más que como una obra de caridad, le permitiría á usted que...

GIRASOL. ¡Acaba! ¡acaba!

MARG. Creo que ya he dicho demasiado.

GIRASOL. ¡Oh! no, no; yo te lo suplico, continúa.

MARG. ¡Calle! y me tutea!

GIRASOL. No hagas caso; es un acceso de lirismo que bien puede permitírsele á un hombre que va á morir!

MARG. Volvemos á empezar? Basta de majaderías; ya he dicho usted lo suficiente; ahora le exijo que vuelva mañana.

GIRASOL. ¿Será cierto? (Cambiano de tono.) Pero no, mañana sería demasiado tarde! yo tengo prisa, y...

MARG. Pues bien; empezarán desde hoy nuestras relaciones.

GIRASOL. (Con viveza.) ¡Desde hoy!... es decir que comeremos.

juntos?

MARG. ¿Cómo juntos?

GIRASOL. ¿Y por qué no? Usted es libre, yo lo soy también; será una comida de funerales, una imitación de la antigüedad, pero sin el traje tradicional.

MARG. Yo no sé si debo...

GIRASOL. (Ap.) (Yo sí, y no poco.) Acepte usted; será una comida sin consecuencia, ofrecida por un hombre á quien apenas queda un soplo de vida.

MARG. En fin, bien; aunque no sea más que por salvar á usted la vida, consiento en todo.

GIRASOL. ¡Oh! divina, divina! (Con entusiasmo y estrechando la mano de Margarita.) Tendremos pavo trufado, y almejas y langosta aderezada y...

MARG. Y fresas, porque á mí me gustan mucho! y las he visto esta mañana en los portales de Santa Cruz.

GIRASOL. Sí señor, y fresas servidas con Champagne... ahora mismo voy. (Poniéndose el sombrero.)

MARG. ¡Alto ahí! ¿adónde va usted? (Deteniéndole.)

GIRASOL. En busca de esos apetitos, que deben servir de preludio á otros apetitos que...

MARG. ¿Cá! no señor; usted no sale de aquí.

GIRASOL. ¿Cómo no?

MARG. Yo me encargo de la comision; en el entre tanto va usted á quedar encerrado en mi taller: es usted mi prisionero.

GIRASOL. En tal caso me resigno.

MARG. La casa de Lhardy, de Fornos, ó el antiguo Colmado de la calle de Sevilla, están á dos pasos de aquí; en cualquiera de estos establecimientos encontraré lo que necesitamos: ántes de diez minutos estoy de vuelta. (Váse por el foro.)

ESCENA V.

GIRASOL solo.

Pues señor, esto es delicioso! las mujeres muerden

siempre el anzuelo, ó lo que es lo mismo, la broma del hombre que las dice que se va á suicidar. Durante algun tiempo, y para hacer la conquista de cierta clase de muchachas que se despepitan por todo lo romántico, me fingí tísico; pero á fuerza de abusar de este sistema, llegué á adquirir una tos que ni la de la dama de las Camelias. Entónces me propuse cambiar de táctica y puse en ejecucion este otro sencillo procedimiento.— «¡Óyen,—la digo á aquella que me agrada—el que va á morir te saluda! *Morituri te salutant.*» Y ésto, dicho con la épica expresion del gladiador antiguo, produce siempre su efecto. Merced á él, llevo explotadas ya lo ménos diez modistas, ocho perfumistas y no sé cuántas ribeteadoras; ahora me dedico al ramo de floristas, ó como si dijéramos, á la aristocracia del gremio. ¿Dónde tendrá ésta su habitacion... privada? bueno es enterarse; veámos. (Mirando por la cerradura de la primera puerta izquierda. Ernestina aparece por la segunda de la derecha.)

ESCENA VI.

GIRASOL, ERNESTINA.

ERN. Pues señor, la puerta del almacén continúa cerrada y he tenido que entrar por la del patio; la maestra la ha dejado sólo con el picaporte. Pero aquí no hay nadie... sí, allí veo un hombre... ¿qué es lo que hace? parece que trata de forzar la cerradura. ¿Si será un ladron? no hay duda, no puede ser más que un ladron! (Gritando.) Ladrones! ladrones! (Girasol se vuelve.)

GIRASOL. ¿Ladrones?... dónde están? dónde?

ERN. ¡Gran Dios! ¡Sulpicio!... (Reconociéndole.)

GIRASOL. ¡Ernestina! (Sorprendido y como contrariado.)

ERN. ¿Usted aquí? ¿en mi taller?

GIRASOL. Sí, sí... estoy aquí... porque... (Recobrando su aplomo poco á poco.) porque te esperaba.

ERN. (Con satisfacción.) ¿Á mí? ¿conque usted sabía?...

GIRASOL. Claro está; si así no fuera, qué había yo de hacer en

este sitio?

ERN. Pero cómo ha sido que desde aquel día que me llevó usted á comer caracoles á la calle del Prado, no le he vuelto á ver?

GIRASOL. Es un secreto de familia: (Con misterio.) más tarde lo sabrás.

ERN. Al pronto temí si se habría usted arrojado al estanque del Retiro: por aquel entonces esa era su monomanía.

GIRASOL. Puedo asegurarte que no me he ahogado.

ERN. Ya lo veo; pero me explicará usted cómo en dos meses no ha dado señales de vida?

GIRASOL. Ya te he dicho que es un secreto de familia: ciertas explicaciones en estos momentos son inútiles.

ERN. Pero ahora supongo que me cumplirá usted su palabra?

GIRASOL. ¿Puedes dudarle? Pues si no fuera por eso, á qué habría yo vuelto á Madrid?

ERN. ¡Será cierto! entonces, deme usted el brazo y salgamos de aquí: precisamente la maestra no nos necesita hoy y podemos aprovechar el tiempo.

GIRASOL. Un poco de paciencia, niña; no seas tan súpita. Yo tengo que evacuar en esta casa cierta diligencia que me interesa y...

ERN. ¿Aquí?

GIRASOL. Es cuestión de quince ó veinte minutos. En el entretanto, vé tú á esperarme paseando por los jardinillos de la Plaza de Oriente; ántes de un cuarto de hora me reuniré contigo.

ERN. ¿De veras?

GIRASOL. Palabra: déjate guiar por mi amor y no me repliques.

ERN. Entonces obedezco.

GIRASOL. Es lo que debes hacer; adios. (Obligándola á marchar.)

ERN. Adios, y no se tarde mucho.

GIRASOL. No tengas miedo; espérame. (Ap.) (Hasta las calendas griegas.) (Váse Ernestina puerta segunda derecha.)

ESCENA VII.

GIRASOL solo.

¡Qué endemoniada casualidad! cómo había yo de sospechar que la maestra de esta muchacha era... pero señor, si cuando yo la dejé trabajaba en casa de madama Carolina... si entónces hacía sombreros! Afortunadamente he librado mejor de lo que yo esperaba, gracias á mi aplomo y serenidad para mentir; y con tal de que Margarita vuelva pronto... (Dirigiéndose á la puerta del fondo. Adriana aparece por la derecha.)

ESCENA VIII.

GIRASOL, ADRIANA.

ADRIANA. La maestra debe haber salido; pues la puerta principal está cerrada. (Reparando en Girasol.) ¡Cielos! ¡un hombre!

GIRASOL. (Volviéndose.) ¡Ahora otra!

ADRIANA. ¡Girasol!

GIRASOL. (¡Adriana! ¡fatalidad!) (Momentos de pausa.)

ADRIANA. Está muy bien, caballerito; ¿acostumbra usted á conducirse siempre así con todas las mujeres á quienes engaña? (Girasol, que ha reflexionado, se cruza de brazos y dice con entonacion melodramática.)

GIRASOL. Continúa!

ADRIANA. Parte usted una mañana diciéndome que va á su pueblo en busca de los papeles que hacían falta para nuestra boda; le despido á usted con lágrimas en los ojos, y no vuelve!

GIRASOL. Eso no es cierto; puesto que estoy aquí es señal de que he vuelto; esto es lógico: Adriana, voy convenciéndome de que hay floristas que no ven más allá de la punta de sus narices!

ADRIANA. Pues yo no soy de esas.

GIRASOL. Tal vez sí, porque eres bastante roma: una sola palabra me bastará para justificarme, para confundirte!

ADRIANA. ¡Tendría que ver! (Sonriendo con aire de incredulidad.)

GIRASOL. Vamos á ver, ¿por qué me encuentro yo aquí? (Volviéndose á cruzar de brazos.) Quiero ver si lo adivinas.

ADRIANA. Espere usted. (Como reflexionando.) Como yo soy florista...

IRASOL. Eso.

ADRIANA. Y este es mi taller...

GIRASOL. Justo.

ADRIANA. Teniendo usted los papeles que nos hacían falta...

GIRASOL. Precisamente.

ADRIANA. Averigué usted donde yo trabajaba y ha venido...

GIRASOL. Pero, Señor, qué talentazo tiene esta chica!... si señor, he venido porque tú estás aquí y para... para cumplirte mi promesa.

ADRIANA. ¡Ah! ¡qué alegría!... corramos á casa á prepararlo todo... mañana mismo podemos ir al juzgado... yo tengo en Madrid parientes y es preciso avisarlos.

GIRASOL. (Deteniéndola.) Despacito, niña, despacito; las cosas que se hacen precipitadamente nunca salen bien.

ADRIANA. Pero...

GIRASOL. Escucha; es necesario que vayas á esperarme en el pasaje de Murga.

ADRIANA. ¿Pero no me hará usted esperar mucho?

GIRASOL. Te lo prometo; quince minutos todo lo más.

ADRIANA. Adios, pues. (Váase.)

GIRASOL. Adios.

ESCENA IX.

GIRASOL solo.

¡Uff!... yo sudo!... ¡qué diabólica combinacion!... Contal de que no vuelvan. Margarita ya no debe tardar; preparemos para ella el gran golpe!... el golpe decisivo! Ya está aquí. (Sintiendo abrir la puerta del fondo.) Seamos elegiaco como la péndula de un reloj de pared.

ESCENA X.

GIRASOL y MARGARITA, seguida de un MOZO que trae una cesta con las viandas y el servicio de mesa.

MARG. Ya estoy de vuelta... he tardado mucho? pero no ha sido culpa mia, sino de las fresas, que no las encontraba en ninguna parte. Ademas no lo traigo todo; falta el vino; pero como venia tan cargada... (El Mozo despues de haber aparado la mesa váse por el fondo.)

GIRASOL. Mira; por lo que pueda suceder, toma estas líneas que acabo de trazar con temblorosa mano; dicen así: «Qué no se acuse á nadie de mi muerte; soy yo mismo el que ha hecho la cosa.»—Sulpicio Girasol.»

MARG. ¡Eh! ¿quiere usted no incomodarme más?... (Arrebatándole el papel y guardándolo maquinalmente en su bolsillo.)

¡Vaya una manía! Para que se distraiga usted de esas lúgubres ideas, ayúdeme á terminar de poner la mesa.

GIRASOL. Puesto que te empeñas, sea. (Girasol ayuda á Margarita á poner la mesa.)

MARG. Pero ahora que recuerdo, es necesario ir por el vino... lo he dejado ya apartado y pagado en casa de Soria!

GIRASOL. Yo mismo iré por él. (Poniéndose el sombrero.)

MARG. Una botella de Jerez y otra de Champagne!

GIRASOL. En cinco minutos estoy de vuelta.

MARG. Le dejaré á usted marchar, pero con una condicion.

GIRASOL. ¿Cuál?

MARG. Júreme usted que no atentará á su vida por el camino.

GIRASOL. Te lo juro... por los manes de Euridice!...

MARG. Que no se tarde usted.

GIRASOL. Ni la locomotora belga, ni el huracan del cabo de Finisterre podrá compararse conmigo en velocidad. Adios. (Váse.)

ESCENA XI.

MARGARITA sola, continúa poniendo la mesa.

¡Pobre chico! positivamente ha conseguido interesarme, y aunque no fuera más que como una obra de caridad, yo debo procurar conservarle la vida. Girasol parece formado de la madera que se fabrican los maridos, y un marido es un mueble, no sólo de lujo, sino de absoluta necesidad para una mujer establecida y que se encuentre en el caso que yo.

ESCENA XII.

MARGARITA, ERNESTINA.

ERN. (Entrando muy sofocada.) En dónde está ese bribon? burlarse de mi y de una manera tan indigna.

MARG. (Sorprendida al verla.) ¿Qué es esto? ¿Con quién hablas? ¿Cómo te ha dejado pasar la portera cuando yo había dado orden?...

ERN. He entrado por la puerta del patio, donde quedan también todas las compañeras; las he contado lo que me pasa, y están, como yo, indignadas.

MARG. Pues hijas mías, podeis volveros por donde vinisteis.

ERN. ¿Qué disparate!... hasta que lo encuentre no me muevo de aquí.

MARG. ¿Pero á quién?... (Cada vez más sorprendida; en este momento aparece Adriana por el foro.)

ESCENA XIII.

LAS MISMAS, ADRIANA y CORO.

ADRIANA. ¡Burlada nuevamente!... seguidme, muchachas; esto clama al cielo!... si es un infame, un bandido!...

MARG. ¡Ahora esta otra!... pues señor, estoy divertida.

ADRIANA. Tenerme más de un cuarto de hora como un papamoscas paseando por el pasaje de Murga!

- ERN. Yo he dado veinte vueltas por los jardinillos de la plaza de Oriente!
- MARG. ¿Pero qué ha pasado? ¿de quién habláis?
- ADRIANA. De mi novio: de Sulpicio Girasol, que es un malvado!
- MARG. ¿Qué dice? (Asombrada.)
- ERN. ¿Cómo tu novio?
- ADRIANA. Sí señor, mi novio, que ha venido aquí por mí.
- ERN. ¡Mientes! aquí ha venido, pero fué en busca mía, ¿no es verdad, amigas?
- TODAS. Sí, sí.
- MARG. Basta de gritos; voy á ponerlos de acuerdo; ambas estais tocando el violon.
- ADRIANA. ¿Cómo?
- ERN. ¿Qué dice?
- MARG. Sulpicio Girasol ha venido aquí, es verdad; pero no ha sido por ninguna de vosotras.
- LAS DOS. ¿Pues por quién?
- MARG. Por mí.
- ERN. No señor, que ha sido por mí; él mismo me lo ha dicho.
- ADRIANA. Á mí me lo ha asegurado.
- MARG. ¡Silencio! desgraciadas! ese Girasol es precisamente el jóven de que os he hablado, y que al ofrecerme esta mañana la maceta de geranio me dijo: *¡El que va á morir te saluda!*
- ERN. ¡Cielos!
- ADRIANA. ¡Infame!
- MARG. ¿Es decir, que se ha burlado de las tres? Venganza!
- ADRIANA. ¡Venganza!
- ERN. ¡Venganza!

CANTO 4.º

- Coro. ¡Venganza! venganza!
Castigo merece
quien pérfido ofrece

y burla despues.
Sacarle los ojos
nosotras queremos;
volverle debemos
la piel al revés!

MARG. Justa es la venganza,
que tiemble el infiel!
mas á ella yo sola
me consagraré.
Y el pérfido malvado
que así nos ha burlado,
y goza y se recrea
en ver nuestro dolor,
que tiemble y que se humille;
que allí donde le pille
víctima juro hacerle
de mi justo furor.
CORO. ¡Venganza! ¡venganza! etc.

DECLAMADO.

MARG. Dejadme, pues, á mí; aún no sé lo que haré, pero debe haber un dios vengador para las floristas burladas, y él vendrá en mi ayuda; él me inspirará.

TODAS. Sí, sí.

ERN. Debe haberlo, y vendrá indudablemente en nuestra ayuda.

MARG. Por el pronto, escondeos en estos cuartos (Señalando el de la derecha y el de la izquierda.) y atencion; no salgais hasta el momento oportuno.

ADRIANA. Tú sabes más que nosotras y obedecemos. (Llaman á la puerta del foro.)

MARG. Él es.

ERN. Vamos.

ADRIANA. Al escondite. (Se esconden en los cuartos de izquierda y derecha. Margarita se dirige á abrir la puerta del foro.)

ESCENA XIV.

MARGARITA y GIRASOL, con dos botellas.

GIRASOL. Ya está aquí el Champagne y el Jerez; una botella por barba... ¡vengo sudando!... sabes que por el camino he reflexionado mucho y con aprovechamiento? (Con satisfacción.)

MARG. (Con tono sombrío.) Y yo también.

GIRASOL. Preciso es concederte la razón; lo que yo intentaba era una majadería... La vida tiene ciertos encantos y atractivos.

MARG. Y la muerte también.

GIRASOL. ¡Cá! no lo creas; ese es un rumor que hacen correr los sepultureros por la cuenta que les tiene, pero no está probado; al paso que la vida, ¡oh! la vida y á tu lado, debe ser la suprema felicidad! (Intentando abrazarla.) Si me lo permites...

MARG. (Dejándose abrazar; con aire sombrío y cierto abandono.) Por qué no? Continúe usted, se lo permito.

GIRASOL. Qué aire tan preocupado!... será que falta alguna cosa para nuestro festín?

MARG. Sí, un servicio.

GIRASOL. De qué? de plata? de china? de...

MARG. No; un servicio fúnebre!...

GIRASOL. (Sonriendo.) Cómo fúnebre? ¡Vaya una idea!

MARG. (Con misterio.) ¿No nota usted en esta habitación alguna corriente de aire? Vea usted si todo está bien cerrado, y corra las cortinas.

GIRASOL. (Con alegría y muy satisfecho.) Comprendo!... Comprendo!... la precaución no me parece mala; bueno será ponernos al abrigo de miradas indiscretas. (Cerrando las puertas y corriendo las cortinas.)

MARG. (Con dignidad cómica.) Á la hora!... á la mesa!...

GIRASOL. La reina Semíramis no diría eso con más noble entonación.

MARG. Permítame usted un momento. (Margarita se dirige á la chimenea y saca de ella un hornillo portátil con carbon encendido, el cual coloca á corta distancia de la mesa.) Nosotras las floristas tenemos siempre fuego preparado.

GIRASOL. Ya! como si dijéramos, el fuego sacro; es un punto de semejanza con las vestales; (el único tal vez). Vamos, la lumbre de ese hornillo será para hacer el café.

MARG. Justamente. (Sentándose á la mesa.) Siéntese usted aquí, á mi lado, y por el momento olvidemos nuestras penas; viva la alegría! (Girasol se sienta; destapa las botellas, y sirve á Margarita.)

GIRASOL. Sí, sí; viva la alegría!

MARG. Sirvo á usted un pedazo de pavo.

GIRASOL. Yo á mi vez te sirvo una copa de Champagne. (Comen y beben.)

MARG. (Bebiendo.) ¡Delicioso!

GIRASOL. En el fondo de una botella dicen que se esconde siempre el amor; busquemos, pues, el fondo...

MARG. Sí, sí: busquémosle, venga otra copa. (Girasol la sirve la copa.)

GIRASOL. Cuando un nectar como éste empieza á producir su natural efecto, todo sonrie, todo canta á nuestro alrededor.

MARG. Cantemos pues; ¿quién nos lo impide?

GIRASOL. De veras? pues yo principio y tú me harás el duo. Voy á entonar una cancion báquica.

MARG. Venga más champagne; yo tambien quiero inspirarme.

DUO.—BRINDIS.

GIRASOL. (Con la copa en la mano.)

En espumoso, hirviente

rico champagne,

ahoguemos los recuerdos

que angustia dan!

Este licor

abre el hermoso templo

del niño amor.

MARG. Balsámico es su aroma,
de oro el matiz;
su sabor me electriza,
me hace feliz!
¡Ay! sirveme,
más tarde en tu regazo
descansaré!

AIRE DE TANGO.

GIRASOL. Yo soy el chinito negro;
sabe cantar y también bailar;
muriéndose está por tí.
¡Ay! dime por Dios que sí!
Yo sé
que tú
también me quieres á mí,
y me
darás
la flor que ayer te pedí, etc.

MARG. Yo soy la chata mandinga
de buen color
y mejor sabor,
que un rico panal de miel.
¡Ay! dime que serás fiel.
Y yo
por tí
al amo abandonaré, etc., etc.

DECLAMADO.

MARG. ¡Magnífico! (Volviendo á sentarse.) Ahora sirveme azúcar
y Jerez en las fresas.

GIRASOL. (Sirviéndola y sirviéndose.) ¡Ya me tutea! vamos progre-
sando. ¡Qué hermosas son! y sin embargo, el carmin de
tus labios es más vivo que el suyo; el perfume que de
ellas se exhala, ménos aromático que el de tu boca.
(Queriendo abrazarla.)

- MARG. (Conteniéndole.) Basta, basta.
- GIRASOL. No, no; sigo, no me canso.
- MARG. Ya me lo figuro; pero ha llegado el momento de que hablemos con formalidad. Tengo que hacerte una confesion. Ya ves que te tuteo, y esto prueba que hemos llegado al período álgido de la cosa.
- GIRASOL. Es verdad, y de ello me felicito.
- MARG. Escucha: tu sombría y feroz elocuencia ha llegado á seducirme; pero te veja dudoso sobre el género de muerte que elegirías.
- GIRASOL. Ahora ya no dudo; mi eleccion está hecha; me cuelgo de tu cuello y santas Pascuas.
- MARG. No, Girasol mio, no; aunque me será grato verte morir, puedes tener el consuelo de que no partirás solo.
- GIRASOL. Cómo? cómo? ¿Eso qué quiere decir?
- MARG. Que estoy decidida á ser tu compañera de viaje; juntos abandonaremos este valle de lágrimas.
- GIRASOL. (Sin comprender aún.) Qué graciosa es esta chica! por lo visto el champagne se le ha subido á la cabeza!
- MARG. ¡Sulpicio mio, quiero morir en seguida! dame una pistola; te pegaré con ella un tiro y despues yo... (Margarita avanza y Girasol retrocede.)
- GIRASOL. (Sonriéndose.) Gracias; no me acomoda la proposicion.
- MARG. Es decir que me lo rehusas todo? (Con desesperacion cómica.)
- GIRASOL. Prometo no rehusarte nada siempre que jures hacer conmigo otro tanto.
- MARG. ¡Girasol mio!
- GIRASOL. (Estrechando su talle.) ¡Bravo!
- MARG. ¡Ah! conque al fin consientes en que muramos juntos? ¡oh! qué feliz soy! qué feliz soy! (Empieza á bailar.)
- GIRASOL. ¿Eh? ¿qué es esto? Nada, lo dicho; el champagne avanza á paso de carga.
- MARG. No; no es el champagne, es el carbon.
- GIRASOL. ¿Cómo el carbon?
- MARG. ¡No lo has notado, infeliz! Las puertas y las ventanas se hallan herméticamente cerradas; en ese hornillo arde

media arroba del negro combustible! ¿Lo adivinas ahora? Es la asfixia que ha penetrado ya en nuestros pulmones, que invade nuestro cerebro, que nos mata lentamente!

GIRASOL. (Dando un salto.) La asfixia! canario! Protesto! aire! aire! yo me ahogo. (Corre á la puerta y la abre; se dirige á la ventana y de un puñetazo rompe los cristales.)

MARG. ¿Y de qué sirve que prolonguemos un poco más estos últimos momentos? Sí, mi adorado Girasol; sábelo ya todo: aunque escapemos á la asfixia, no escaparemos al terrible veneno que circula por nuestras venas.

GIRASOL. (Completamente trastornado.) ¡Un veneno!

MARG. La nicotina que he mezclado con el azúcar de las fresas.

GIRASOL. ¡Misericordia! (Aterrado.)

MARG. No te restan más que diez minutos de vida!

GIRASOL. Pero esto es un asesinato!

MARG. No: porque la justicia encontrará sobre nuestros cuerpos inanimados este papel escrito de tu propia mano. (Leyéndolo.) «Que no se acuse á nadie de mi muerte porque he sido yo.»

GIRASOL. Sí, sí, basta; ya lo recuerdo: yo he sido quien ha hecho la bestialidad de firmar eso!

MARG. (Dejándose caer sobre una silla y aparentando una convulsion.) ¡Ah! ya produce su efecto!... primero... la convulsion! (Haciendo contorsiones y esfuerzos; Girasol sujetándola para que no se caiga. En uno de estos movimientos le muerde una mano.)

GIRASOL. ¡Dios mío! y nadie que venga á socorrernos! Ay! ya me mordió!

MARG. (Esforzándose por hablar.) ¡La hidrofobia!

GIRASOL. ¡La hidrofobia! ¡La Virgen me ampare! primero la asfixia, despues la nicotina, y para finalizar, mordido por un perro, es decir, no; por una perra rabiosa! Socorro! oh! socorro! (Se dirige á la puerta izquierda y Adriana aparece en su dintel; corre á la derecha y Ernestina se interpone.)

ADRIANA. Atrás! (Sulpicio retrocede.)

ERN. Atrás!

GIRASOL. (Retrocede, viniendo á caer sobre una silla.) ¡Ah! las otras ahora sí que estoy perdido!

MARG. ¿Lo comprendes ahora todo, vil seductor? Sin embargo, aún te queda un medio de salvación. Este frasco encierra un activo contraveneno: elige para casarte una de las tres y te ofrezco la vida.

GIRASOL. ¡Misericordia! el matrimonio empleado como antídoto!

MARG. Elige pronto ó lo hago pedazos.

GIRASOL. ¡Alto! ya basta de tontunas: la cosa urge; siento los dolores!

MARG. Habla.

ERN. Elige.

ADRIANA. Decidete.

GIRASOL. Mi eleccion está hecha: te elijo á ti. (Dirigiéndose á Margarita.)

MARG. (Con alegría.) Á mí!

ADRIANA y ERNESTINA. (Con tristeza.) ¡Á ella!

MARG. ¿Lo juras?

GIRASOL. Lo juro.

MARG. (Presentándole el frasco.) Bebe.

GIRASOL. (Bebiendo con avidez el contenido.) Puff! y qué mal sabe esto! ¿qué demonios es? (Leyendo la etiqueta.) «Aceite de hígado de bacalao. Farmacia de Borrell.»

ERNESTINA, ADRIANA y MARGARITA. (Riendo á carcajadas.) ¡Já! ¡já! ¡já!

GIRASOL. ¿Conque es decir que os habeis burlado de mí? ¿que todo esto ha sido una mistificación?...

MARG. Justo castigo de tu infamia; pero lo que no es broma es lo del matrimonio; tienes que ser mi marido; lo has jurado.

GIRASOL. Hija mía, no deseo otra cosa; pero los negocios son los negocios. Aquello de mis dos millones corre parejas con tu nicotina. Yo no soy más que un pobre empleado de seis mil reales.

MARG. No importa; te acepto tal cual eres.

GIRASOL. Mil gracias. Pero ahora nos falta padrino para la boda, y como tú no lo encuentres...

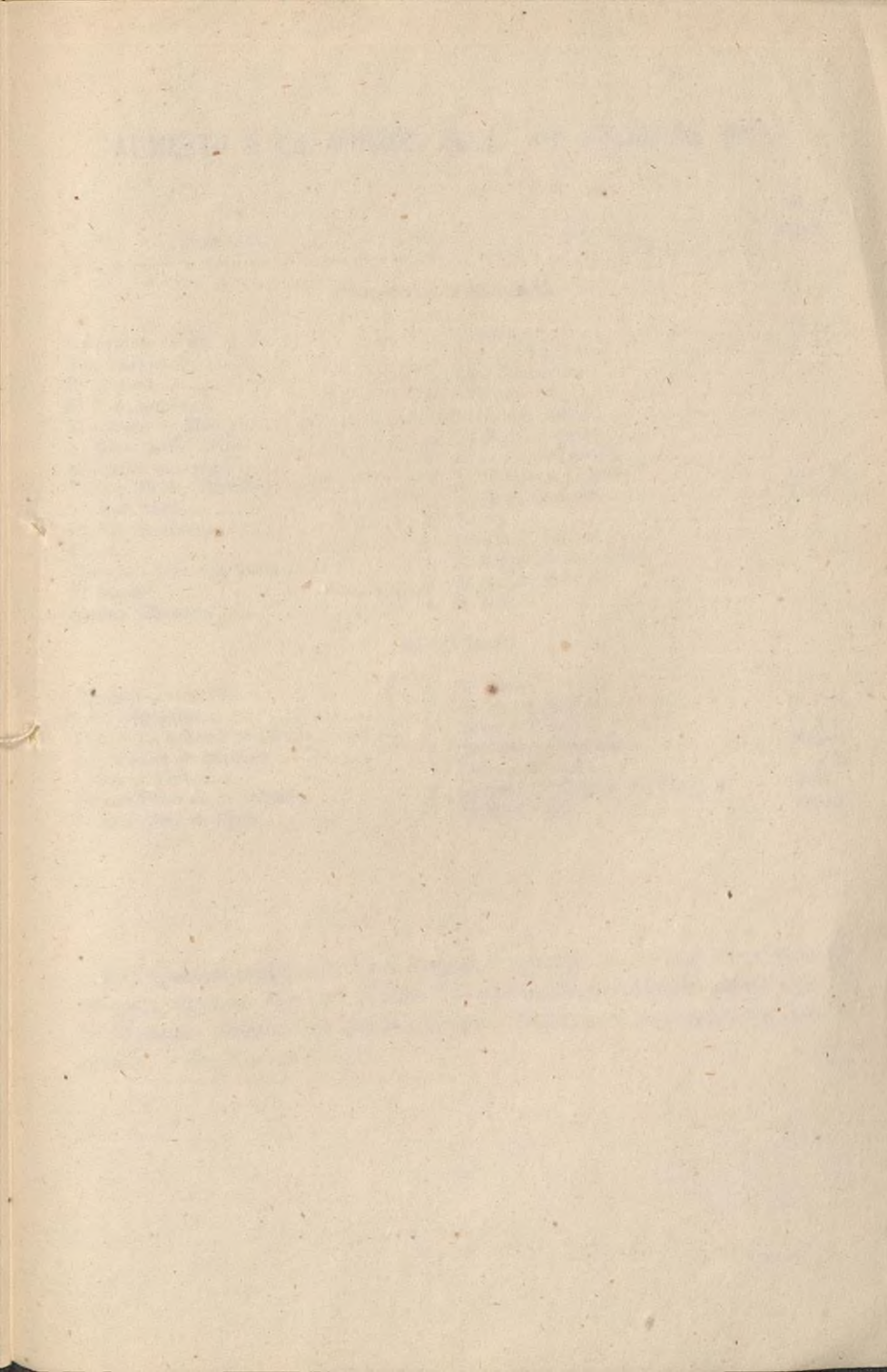
MARG. Calla, que voy á buscarlo inmediatamente entre mis

amigos; no creo que me hagan un desaire, porque estos señores me dan continuas pruebas de quererme mucho.

(Al público.) Vuestra más sincera amiga

hoy va á fijar su destino;
quien quiera ser su padrino
que francamente lo diga;
como siempre resignada,
dudo y temo, pero pienso
será nuestro gozo inmenso
si oimos una palmada.

(Música. Últimos compases de la habanera para caer el telón.)



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

CHICAGO, ILLINOIS 60637

DATE OF ACQUISITION

FROM WHOM ACQUIRED

BY WHOM ACQUIRED

REMARKS

CLASS. NO.

ACQ. NO.

PRICE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY

AUMENTO A LA ADICION DE 1.º DE ENERO DE 1874.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á gusto de la tia.....	1	E. Navarro.....	Todo.
Don Lesmes.....	1	Manuel Nogueras.....	»
El diluvio.....	1	José Velazquez.....	»
El libro talonario.....	1	J. Hayesecca.....	»
El retrato de Macaria.....	1	R. María Liern.....	»
La filosofía del vino.....	1	Teodoro Guerrero.....	»
Mi mujer me engaña.....	1	Eduardo de Lustonó.....	»
1873 y 1874. (Revista).....	1	R. Valero y Llorens.....	L. y M.
Sermon perdido.....	1	Teodoro Guerrero.....	Todo.
Un nin de enredos.....	1	N. N.....	»
Un sí.....	1	Petano y Torres.....	»
Morirse á tres dias fecha.....	2	E. Zamora y Caballero.....	»
El honor.....	3	R. de Campoamor.....	»
Blanca Blandini.....	4	E. Zumel.....	»

ZARZUELAS.			
Americanos de pega.....	1	R. María Liern.....	Libro.
Dos telégramas.....	1	Portero y Segura.....	L. y M.
El que va á morir te saluda.....	1	Belza y Balart.....	L. y M.
Los rosales de mañana.....	1	Guillermo Cereceda.....	Música
Pedro el Veterano.....	1	Liern y Monfort.....	L. y M.
Un sevillano en la Habana.....	1	Lcopoldo Palomino de Guzman.....	Libro.
El hostero de Ricla.....	3	Gabriel Balart.....	Música

Ha dejado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto de D. Eduardo Navarro, titulada: *Por un descuido*, y la música de las zarzuelas en un acto del Sr. Rossetti, tituladas: *El cuerpo del delito*; *El padre de mi mujer*; *Un auto de prision*, y *Un jaleo en Triana*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al **EDITOR**, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.